

## **MOVIMIENTO MEDICO-SOCIAL**

*Discurso pronunciado por el Profesor Pablo A. Llinás, el 30 de septiembre de 1944, en el acto de la colocación del retrato del extinto Decano de la Facultad Nacional de Medicina, Profesor Marco A. Iriarte, en el Salón del Decanato.*

Señoras, señores:

El Consejo Directivo de la Facultad de Medicina y la Academia Nacional de Medicina me han comisionado para rememorar, en este acto solemne, los méritos del Profesor, del Decano y del Académico de Número, doctor MARCO AURELIO IRIARTE ROCHA, alejado de este mundo desde el 23 de marzo de este año bisesto de 1944.

Comprendo que se me ha conferido esta personería, principalmente, sino únicamente en atención a los vínculos de estrecha, sincera y constante amistad que me unieron al dilecto compañero cuya ausencia lamentamos.

No podré presentaros un cuadro fotográfico para competir con el que estáis contemplando, vale decir, la biografía completa de aquel donoso compatriota. No será tampoco una acuarela de fabulación, pero sí un diseño, una semblanza, unos jalones de la verdad cuya franqueza propugna y sustenta el aforismo popular, "amor no quita conocimiento", que amplió, añadiendo, ni estimación quita imparcialidad.

Un médico distinguido, caritativo y bondadoso, el doctor Marco Aurelio Iriarte Castro, y la matrona, doña Amelia Rocha Caicedo, fueron los genitores de Marco Aurelio Iriarte Rocha.

En esos collados y mesetas que oyeron y presenciaron la temeridad de los indómitos pijaos y el coraje de don Baltazar; donde los chaparros obsequian con sus frondas coriáceas las industrias vernáculos; donde las linfas del Combeima, del Amoyá y del Saldaña besan y refrescan las llanuras ardientes; en esa tierra fecunda en hombres ilustres, el 29 de diciembre de 1876, cuando aún resonaba, ahí cerca, en el valle de Garrapata, el eco de los cañones fratricidas y las praderas desoladas y sedientas absorbían el rojo

vivo de millares de venas abiertas; cuando la paz asomaba en los campos de muerte y el Iris de Colombia tremolaba, esplendoroso, sobre las flámulas partidaristas, vino a este mundo Marco Aurelio, cuarto hijo del matrimonio Iriarte Rocha, y cuarto nieto de don Pedro Iriarte Cisneros, gobernador español de la provincia de Neiva.

La ciudad de Chaparral vio su infancia, su adolescencia y su primera juventud. Su padre fue su preceptor y su maestro, y el ambiente hogareño, almácigo de su primario haber intelectual y de la estructura de su carácter.

No era próspera, ni desahogada siquiera, la situación económica del doctor Iriarte Castro. De la campiña, de la tierra siempre pródiga, hombro a hombro con sus hijos, de sol a sol, en el duro trabajo de las industrias agrícola, pecuaria y minera, después de muchos años de perseverante labor, y con la inteligente cooperación de don Andrés Rocha Caicedo, se hizo socio de la acreditada firma comercial Rocha Hermanos.

La abuela de Marco, doña Lucía Caicedo Santamaría, anhelante de que este nieto ensanchara su educación, le proporcionó la venida a esta ciudad, a cursar en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario. Allí estudió con afán útil, plenamente satisfactorio, y el 6 de diciembre de 1895 recibió el título de Bachiller.

Durante este lapso templó su formación espiritual en la casa de su tío, el doctor Climaco Iriarte, varón íntegro, de sobrias costumbres, togado para la justicia y el Derecho. En los salones de esa casa oyó las jugosas conversaciones de los frecuentes contertulios de su tío, doctores Salvador Camacho Roldán, Nicolás Esguerra, Rafael Rocha Castilla, Patrocinio Cuéllar y de muchos otros eximios ciudadanos de esa época, y ese ambiente esculpió el puritanismo de su personalidad psíquica.

Al año siguiente, 1896, ingresó, como alumno de la Escuela de Medicina y Ciencias Naturales, a los claustros de Santa Inés y del primer hospital de San Juan de Dios.

Fue, como eran entonces todos los universitarios, simplemente un estudiante. Sin escalafón político, sin jerarquía social, sin presillas directivas porque en ese tiempo no había Federación, ni Asambleas, ni Comités, ni candidaturas, ni elecciones; ni los alumnos hacían parte de los Consejos de la Facultad; ni eran consentidos ni admitidos en los centros aristocráticos; ni tenían fiestas populares, ni Reina que los atendiera y los representara.

La Escuela de Medicina carecía de laboratorios; se dictaban muy pocas clínicas; la mayoría de los catedráticos eran señores muy alejados de los alumnos y a quienes no se podía interrogar sobre temas de la enseñanza. Nadie era responsable de esa situación. Parodiando la frase de Quintana, atañedera a otro asunto

de muy grande trascendencia, podíamos decir que culpa fue del tiempo y no de la Facultad.

Allí, en esas circunstancias, estudió Iriarte. Se hizo notorio como alumno aplicado, inteligente y observador, y por tales méritos obtuvo, sucesivamente, los puestos de preparador de anatomía y practicante interno de clínica médica; y el 28 de junio de 1902, con el trabajo intitulado "Miocarditis tífica", como Tesis de grado, obtuvo el título de doctor en medicina y cirugía.

Viajó por Europa para complementar sus conocimientos, y oyó con provecho las lecciones de los maestros franceses: a Dieulafoy, la observación penetrante y sagaz, la pesquisa meticulosa de los factores concretos para afirmar la entidad abstracta; a Hallopeau, la patogenia de las diátesis, la filosofía de la ontogenia, las influencias del atavismo y los ancestros; a Laveran el relato de sus tesoreras y dispendiosas investigaciones finalizadas en realidades microscópicas; a Charcot las sutilezas etiológicas y las pláticas vivaces sobre el proteo nervioso, las esclerosis leucomiéllicas, el temblor basedowniano y las atrofas mielopáticas, y en el hospital, "Enfant Malade", las admirables clínicas infantiles donde se inició su predilección por esta clase de enfermos.

A su regreso de Europa, la Facultad de Medicina quiso aprovechar para sus alumnos los frutos que Iriarte había cosechado en París, y lo nombró catedrático de Fisiología; después, encargado del curso de Terapéutica, y como titular, profesor de Clínica Pediátrica. En 1939 fue elegido Profesor jefe de grupo. En 1940, director de la Biblioteca y de la Revista de la Facultad, y en 1941 decano de la Facultad, cargo que desempeñó hasta las vísperas de su muerte.

Fue socio fundador del Colegio dental de Bogotá, médico de la Sociedad de San Vicente de Paúl, miembro, y presidente varias veces, de la Junta General de Beneficencia de Cundinamarca, delegado al Congreso de Higiene de la Sociedad de las Naciones, miembro de la Sociedad peruana de Pediatría, miembro de número de la Academia Nacional de Medicina.

El día panamericano de la salud, el excelentísimo señor presidente de la república, en ceremonia sencilla, casi privada, rindiéndole, a nombre del Estado, homenaje de distinción por su entereza moral, por su bagaje científico, por sus dotes de educador, por su altruismo social y por su generosidad espiritual y material, colgó de su pecho, como insignia procera, la cruz de Boyacá.

Iriarte fue, como lo dijo la Academia, médico "eminente", clínico certero de excepcional competencia. Como profesor, un maestro generoso que enseñaba cuanto sabía; pedagogo de exposición clara, serena y de valor real; observaba con inteligencia, escudriñaba con perspicacia, definía los factores esenciales y diagnosticaba

a conciencia, sin eufemismos ni divagaciones. Fue un educador, un apóstol de la medicina pragmática y de las fórmulas consagradas.

Entre nuestros profesores desaparecidos fueron reputados clínicos, maestros por su erudición y su didactismo, Nicolás Osorio, Josué Gómez, Juan Evangelista Manrique, Carlos Esguerra, José María Lombana Barreneche, Pompilio Martínez, José Ignacio Barberí, Juan David Herrera y Marco A. Iriarte.

Son contadas las páginas impresas que ellos dejaron, porque la Clínica, que es el substractum de la medicina, es un arte de filigranas y una ciencia de inducciones y deducciones lógicas, basadas principalmente en la anatomía topográfica, la fisiología normal y la fisiología patológica; y la capacidad artística y la capacidad psíquica son cualidades individuales y exclusivamente personales.

Se enseña la técnica del arte y se analizan los datos objetivos y subjetivos para edificar la entidad patológica, que es la finalidad primordial de la clínica. Todo eso se enseña, pero hay mucho que no se aprende, porque es exclusivo de la personalidad. De ahí que todos los que tocan no palpan, todos los que miran no ven, ni oyen todos los que escuchan.

La Clínica descubre y crea; la Cirugía inventa artificios; otras ramas de la medicina descubren y, como lo que falta por descubrir es infinito, el campo de sus actividades es ilimitado. Por ello las lentes muy frecuentemente sorprenden elementos figurados que parecen y no son; pero se insiste, se modifican los métodos, se vuelve atrás, se persiste, y después de centenares de ensayos, los hallazgos se van sucediendo. Esta es, por lo general, la trayectoria del esfuerzo humano.

La Clínica crea; las otras descubren. Crear es un dón divino, descubrir es un dón humano, y pocos son los escogidos.

Las bases fundamentales de la Clínica son cantos apelmazados por la observación, la experiencia y el tiempo. Se cambian los nombres, se modifican los procedimientos, se inventan aparatos, pero los cimientos son bloques de granito y no tierras de aluvión.

A fines del siglo XVIII Aloisio Galvani, anatómico y físico boloñés, absorto ante las convulsiones de una rana muerta y desollada, preocupado con la idea de que la muerte no destruye totalmente "el fluido vital", inició la senda de pacientes y dilatadas experimentaciones hacia los más bellos y esplendorosos fenómenos de nuestro universo.

Alejandro Volta, investigando las actividades cadavéricas del batracio, sacó de la materia inorgánica un fluido misterioso, una fuerza imponderable, una energía viva, algo sutil pero eficiente; lo hizo coercible y lo encerró en una redoma: la redoma mágica que lleva en su interior tanto como el alma de las cosas.

Benjamín Franklin calmó las iras de las tempestades atmosféricas.



ricas, quitó el rayo de los cielos y le buscó el reposo en el seno de la madre tierra.

Pero Morse le creó un idioma y le obligó a hablar; las distancias quedaron destruidas; el tiempo, anulado, y el planeta reducido a una bola de billar. Y los ruidos y los sonidos, y la misma voz humana, en su tono y en su tiembre, tan incorpórea, tan móvil y evanescente, cruzan las inmensidades de los desiertos y de los mares y los lleva a todos los confines del orbe sin perder una vibración; y en caja diminuta quedó encerrado nuestro mundo.

Morse dignificó esa energía, humanizándola, haciéndola vehículo de uno de los atributos que semejan el hombre a Dios.

Laennec, el modestísimo alumno de Corvisart, también creó el idioma de los órganos enfermos: e hizo hablar al pulmón, y oyó las voces del corazón. Pacientemente fue registrando en su pentagrama no sólo el valor musical pero también la interpretación del símbolo; y sorprendió en el pulmón la nota aguda de un estradivario, la de un fagot que resalta dulce y suave, las de un conjunto disarmonico como un arpeggio tempestuoso de Bethoven; y luego la quietud, la calma; el silencio que sigue a la sinfonía inconclusa de Schubert. Se acercó al corazón para interrogarlo, y le contó sus penares: con redoble de alerta, con trinar de guimbarda, con rumor de lejanía, con zumbido de abeja, con piar de polluelo, con arrullo de torcaz.

Después de más de cien años esta creación magnífica ha sido ligeramente acrecida, talvez retocada, pero no rectificada porque en el bloque que cinceló Laennec apenas quedaron rugosidades que pulir.

Laennec, Traube, Peter, Trousseau, Charcot, Babanski, Vaquez, Mackensie, Gallavardin no son legiones. Son unidades, especímenes selectos que la naturaleza no prodiga, ni prodigar podría, porque son como las raras y fulgentes cristalizaciones adventicias que las misteriosas leyes cósmicas propician.

Para ser clínico, clínico descollante como los que acabo de nombrar, es indispensable talento superior y múltiples y vastos conocimientos; pero serlo, sin pretender esas alturas visibles desde todos los puntos cardinales, también son necesarias dotes, disposición, consagración y clara inteligencia. Por esto Iriarte fue clínico destacado del nivel común cuyos aciertos sus alumnos pregonan por doquier.

Como profesional Iriarte fue médico distinguido, acucioso, de ética pulquerrima. Libre de la envidia, de la codicia, del mezquino interés; cordial, con la sana alegría de quien ama y practica la caridad, fue siempre incansable sembrador de magnánimas acciones. Hombre sencillo y bueno, pero austero. A veces parecía con visos de dureza para mejor contraste de la afabilidad. Como la caña de

las vegas tolimenses cuya corteza es una película superficial que esconde la fibra dúctil, suave, blanda y blanca, cargada de dulce miel, su fisonomía severa era un barniz para mimetizar la bondad de su corazón.

No podían faltar a aquel hombre sensible las tiernas afecciones del alma y las gratas fruiciones del corazón. y en su memoria perduraron las remembranzas de las primeras delectaciones: las rosas blancas, las azucenas níveas, los lirios pálidos; las fascinantes mariposas del idilio; las dulces nostalgias de la rosada juventud; ensueños de arrebol; gemas primaverales; las noches largas del insomnio triste; el romance de la adolescencia; Virgina de Saint-Pierre, Angela de Castelar, María de Isaacs; tres fantasías de la imaginación y un solo ideal verdadero: Paulina Rocha Alvarez; y unidos ante el altar de su fe, de sus afectos y de sus blasones espirituales, anduvieron, triunfantes, todas las sinuosidades del vivir.

El, atento, educado y apacible; ella, hermosa, gentil, embellecida además por el candor y la virtud; él, la protección, el amparo la confianza; ella, la prudencia, la advertencia, la discreción: la calma en la inquietud, el sosiego en la angustia, el consejo en la zozobra, el guía en la niebla, el fanal en la sombra: el amor, que todo lo vence, que todo lo puede, que todo lo perdona, porque es la suprema bienaventuranza. Hogar afortunado, por sus costumbres irreprochables, luce cinco sucesores, cinco miembros inspirados en aquel ejemplo, que son prez y orgullo de esta sociedad.

Caballero sin tacha, amigo sincero, amigo fiel, la amistad para él era un vínculo privado, una afinidad personal, una evaluación individual que no se sobreponía ni afectaba la línea que le señalara la obligación o el deber.

Esclavo del deber. Ya gravemente herido por la afección cardíaca que lo llevó a la tumba, se le veía, la faz demudada, la respiración disnéica, subir lentamente las escaleras de este edificio para llegar hasta aquí, a este recinto de trabajo, a laborar por los intereses de la juventud y por la buena marcha de la enseñanza.

Reducido al lecho, en el penúltimo de sus deliquios, apenas con la apariencia de reposición, me decía que iba a levantarse para asistir al Consejo Directivo de la Facultad.

Su esposa, sentada cerca al lecho del enfermo, distraída en alguna labor manual, como el modelo efectivo de Leonardo da Vinci, perfiló un gesto, quizás el aleteo de una sonrisa, talvez la intuición de un suspiro, seguramente el deslizarse de un furtivo sollozo, y con esa cadencia de voz que dan el amor y el dolor, y con la heroica serenidad de la esperanza de poca esperanza, le dice: "Hoy no, te haría daño, irás mañana". —"No creas, le contesta, mañana será lo mismo que hoy; quiero ir; me esperan, y debo ir".

Y vino a su puesto, a este lugar de brega, de actividad y de pe-

renne lucha, traído por el deber hasta el momento en que la materia, doblegada y vencida, se negó a servir los impulsos de su voluntad.

Y aquí queda, no sólo en el ánimo viva de la enseñanza sino en este lienzo magnífico, inspirado en el pincel de Pantoja, en el sitio que él mismo designó, en ese ángulo discreto y penumbroso tan acorde con su natural modestia y en la honrosa compañía de Andrés María Pardo, Liborio Zerda, Nicolás Osorio, José María Buendía, Hipólito Machado, Pompilio Martínez, Carlos Esguerra y Luis Cuervo Márquez.

Aquí queda, bajo esta sombra sagrada, a la custodia de las generaciones que buscan el calor y la luz de este hogar benemérito, como ejemplo de modestia, de bondad, de generosidad y de ciencia; y, para los que reciban la doctoría de esta institución amada, un estímulo de mejoramiento, de adelanto sereno y meditado, rectificando cuanto fuere necesario, que el avance del progreso es como la marcha de los peregrinos de la Edad Media a Jerusalén: dos pasos adelante y uno atrás.

Que este lienzo sea, con todos los que orlan esta sala, una voz, un aviso, un acicate de velar por la prosperidad de esta colmena de estudios experimentales; y que sean estos muertos ilustres, para todos y para cada uno de los profesores que fueren llegando a la altura que ellos enaltecieron y honraron, una encomiable emulación que les recuerde para sí lo que Temístocles decía: el trofeo de Milciades no me deja dormir.

Aquí queda: bajo la guarda de estos muros, en el activo silencio de estos dombos, sin atambores ni músicas marciales, en el místico recogimiento con que cruzó los caminos del mundo, interrumpido tan solo por los coros y las letanías de esta juventud ambiciosa de conocer y saber los misterios de la vida que muere.

Pablo A. Llinás

---

*Conferencias del Profesor Julio Endara en la Facultad de Medicina.*

Presentado por el señor Rector de la Universidad, doctor Gerardo Molina, quien reveló ante selecta y nutrida concurrencia la atrayente personalidad del conferencista y de la trascendencia que para el intercambio cultural de ambas naciones representaba su visita, el Profesor Endara inició su primera disertación sobre el *Psicodiagnóstico de Roschard*, después de un sentido preámbulo de agradecimiento para las directivas de la Universidad y de la Facultad, anotando a la vez, que el pueblo ecuatoriano guardaba un gran cariño y admiración por el país hermano de Colombia.

Acompañó su conferencia con proyecciones que hicieron más ameno y didáctico su estudio, del cual es un profundo y autorizado conocedor, ya que pasan de 200 sus experiencias, meticulosamente llevadas en personal ecuatoriano, practicadas con el fin de conocer y determinar la personalidad psíquica de sus coterráneos, con una de las más conocidas y hoy en boga prueba, el test del doctor Roschard. El profesor ecuatoriano utiliza los símbolos de la Escuela Norteamericana, para la interpretación de las respuestas dadas a los diez dibujos básicos de la prueba.

Asistieron a sus dos conferencias (6 y 9 de octubre) profesores y alumnos de la Escuela, y fue unánime el concepto de que el Profesor Endara es una autoridad en la materia y de sus altas dotes de expositor, pues hizo de un tema árido —para los que no conocen la especialidad— un motivo de gran atracción.

La REVISTA DE LA FACULTAD felicita al Profesor Julio Endara por el éxito obtenido, lo mismo que a la Universidad Central de Quito por contarle entre su personal docente, y a la Universidad Nacional por tan oportuna invitación.

## HOMENAJE EN EL DECANATO AL PROFESOR LUIS FELIPE CALDERON, EX-DECANO DE LA FACULTAD

Para tal Acto circuló la siguiente invitación:

*“El Decano y el Consejo Directivo de la Facultad de Medicina, tienen el agrado de invitar a usted al acto de la colocación del retrato del Profesor Luis Felipe Calderón, en el Salón del Decanato el día 17 de los corrientes a las 6. p. m. Llevará la palabra el Profesor Calixto Torres Umaña”.*

La Ciudad, octubre de 1944.

Con asistencia del señor Rector de la Universidad Nacional, doctor Gerardo Molina, el Presidente de la Academia de Medicina, Profesor Abraham Salgar, Académicos, Profesores, familiares del extinto Ex-decano, y estudiantes de la Facultad, el Decano doctor Darío Cadena inició la ceremonia con la presentación del orador, doctor Calixto Torres Umaña y la finalidad del acto.

El Profesor Torres Umaña en sentido y profundo discurso, hizo la biografía del Profesor Calderón, a la vez que un interesante estudio del ambiente político en el cual le tocó actuar, en tiempos de la dictadura de Reyes, período difícil de nuestra vida pública, en el cual reveló su entereza de carácter y gran tacto en sus actuaciones el doctor Luis Felipe Calderón.

El discurso del Profesor Torres Umaña será publicado en la próxima entrega de esta Revista.

La REVISTA DE LA FACULTAD ve estas manifestaciones de reconocimiento de las labores llevadas a cabo por nuestros Decanos desaparecidos, con singular complacencia, ya que la calidad impuesta a los actos está muy por encima de un simple cumplimiento reglamentario.

### UN HOMENAJE A CARLOS FINLAY

El 28 de octubre, tuvo lugar en el Laboratorio de Estudios Especiales, dependencia del Ministerio de Trabajo, Higiene y Previsión Social, una ceremonia sencilla, pero grande en su significado, que fue la de dar a dicho laboratorio el nombre de "Instituto Carlos Finlay", de acuerdo con la solicitud que había hecho en tal sentido el Departamento de Medicina Tropical de la Facultad de Medicina desde el mes de julio del presente año, en que el jefe de dicho departamento, Profesor Jorge Bejarano, dictó una Conferencia sobre la "Vida y la obra de Carlos Finlay".

Al acto concurrieron el Excmo. señor Ministro de Cuba, doctor Carlos Tabernilla, los doctores Félix Hurtado y Oscar Figarola, quienes asistieron en representación del General Fulgencio Batista, expresidente de Cuba quien visita actualmente todos los países de América y numerosos profesores y médicos.

El doctor Charles R. Anderson, director del Instituto, habló en nombre de la fundación Rockefeller y del laboratorio que recibía el nombre de Carlos Finlay. En seguida, el Profesor Jorge Bejarano, en representación de la Facultad de Medicina y del Ministerio de Trabajo, Higiene y Previsión Social, pronunció el discurso que se publica en seguida.

En elocuente improvisación, el doctor Félix Hurtado, antiguo Ministro de Salubridad de Cuba, dio las gracias por el significativo homenaje que se rendía al sabio Carlos Finlay dándole su nombre a ese laboratorio de tan importantes investigaciones y colocando en él su retrato. Destacó la trascendencia de la obra de Finlay y dijo cuánta era la gratitud de su país que así se veía honrado en la memoria de uno de sus más ilustres hijos.

Para tal acto circuló la siguiente invitación: *El Ministerio de Trabajo Higiene y Previsión Social y la Fundación Rockefeller;* invitan a Ud. muy atentamente al homenaje que para honrar la memoria del doctor Carlos Finlay tendrá lugar el 28 de los corrientes a las 5 p. m. Dirección: Calle 55, N° 10-46.

Excelentísimo señor Ministro de Cuba, Señor Decano de la Facultad de Medicina, señoras, señores:

Hace pocos meses que como Profesor Jefe del Departamento

de Medicina Tropical de la Facultad de Medicina, me correspondió iniciar la serie de conferencias sobre los científicos de América que en una u otra forma, han contribuido al progreso de nuestra ciencia y al beneficio de la humanidad.

Me pareció entonces que a la cabeza de estos legionarios que así han llenado gloriosamente las páginas de nuestros anales científicos, estaba Carlos Finlay, el insigne sabio cubano, gloria y orgullo de nuestra América y cuyo famoso descubrimiento sobre la transmisión de la fiebre amarilla por medio del *Aedes Egypti*; sobre la existencia de un virus y la prevención de la enfermedad por inyecciones de sangre de convaleciente, cubría con brillo inmarcescible todo el final del siglo XIX, que bien pudiéramos llamar hoy, sin hipérboles tropicales, el siglo de Pasteur y de Finlay, porque los descubrimientos de estos dos sabios tuvieron la trascendencia y alcance que sólo se agigantan y valoran a medida que transcurren los siglos.

Es necesario trasportarse hacia las épocas en que Finlay acometía la magna empresa de demostrar al mundo científico que el vehículo que él suponía como transmisor de la fiebre amarilla, era evidentemente el portador de la letal enfermedad.

Y es preciso también imaginar cuáles eran los dominios del morbo amarillíco que como un espectro, se paseaba jactancioso y amenazador por todos los ámbitos de nuestro hemisferio. Cuba era por decir así su centro de operaciones y la risueña ciudad de La Habana, hoy bella y opulenta como pocas de América, era el espanto de los pocos turistas que se arriesgaban hasta ella. Pero de su atormentado suelo, había de surgir el genio que dominara la pandemia.

No fue poca la lucha que Finlay tuvo que librar para imponer su teoría que al fin tenía que abrirse paso porque ella nacía de una matriz que había sido fecundada por la ciencia y la intuición. Los albores de nuestro siglo, vieron a Cuba libertada de la enfermedad secular, así como también la vieron libre y emancipada del poder colonial.

Los sabios del mundo entero recibieron con júbilo las triunfadoras teorías del sabio cubano; pero William Gorgas da al descubrimiento de Finlay, la máxima consagración, la eternidad definitiva, llevando a las mortíferas zonas de Panamá la aplicación de sus preceptos. El genio latino no había podido vencer la manigua. Los obreros sucumbían por la fiebre amarilla. Diez años de inútiles esfuerzos parecían condenar definitivamente la obra a su total abandono. El descubrimiento de Finlay es aplicado por Gorgas. El antiguo cementerio se transforma en una inmensa factoría donde hombres y máquinas horadan la tierra. Los obreros ya no enferman ni mueren y en cuatro lustros, se abren las compuertas de una nueva civilización que llega hasta el corazón de nuestro continente.



Sin Finlay, ahí estarían los dos océanos sin confundirse en el estrecho abrazo en que logró unirlos el genio portentoso del ilustre cubano. Ahí estarían la selva y la muerte acechando al hombre.

Puede pues, decirse ahora al escuchar esta breve síntesis, que será siempre pasmo de siglos y leyendas, si Carlos Finlay no es una de las más excelentes figuras de la humanidad?

A quién sino a él, debe ésta su liberación definitiva de un flagelo milenario que diezmo pueblos enteros y que seguramente detuvo por centurias la civilización y cultura humanas?

Yo expresé en la conferencia en que hice el análisis de la vida y la obra de este gran sabio, que mientras todos los países del continente tienen perpetuada su memoria en alguna obra que ostente su gloria, Colombia, permanecía en mora de cumplir este sagrado deber.

Con íntimo regocijo y como vocero del Gobierno Nacional y de nuestra insigne Facultad de Medicina, asisto hoy a este acto que consagra la memoria del más ilustre médico de la América latina.

Y me regocija todavía más que él coincida con la visita de un antiguo mandatario que así en esta forma, puede apreciar el culto que Colombia rinde a tan grande exponente de la humanidad.

Aquí en este laboratorio en cuyo silencio oficiaban todos los días la ciencia y el espíritu investigador de los muy ilustres médicos que en esta forma contribuyen a la gloria de los maestros y al beneficio de la humanidad, están bien el nombre y la efigie de Carlos Finlay.

Excelentísimo señor Ministro: Hasta este recinto se prolonga ahora vuestra patria, patria acaso la más afortunada de América y la más amada de la Fama, porque por todos los ámbitos de este vasto continente resonarán siempre los nombres de Carlos Finlay y José Martí.

*Jorge Bejarano*

---

*Grados en el mes de octubre.*

Mario Giraldo Rodríguez. "Contribución a la Clínica con algunas consideraciones Biológico-Hereditarias". (7 de octubre. 11 a. m. Acta N° 1826).

Antonio Acosta Pinzón. "Atelectasia en la Tuberculosis Pulmonar". Meritoria. (9 de octubre. 11 a. m. Acta N° 1827).

Néstor D'Allemann. "Contribución al estudio de la Oscilometría Gráfica, su valor e interpretación en Clínica". Meritoria. (11 de octubre. 11 a. m. Acta N° 1828).

Guillermo Jiménez Olaya. "El Reumatismo Blenorragico y su tratamiento por la Vasotomía". (13 de octubre 5 p. m. Acta N° 1829).

Ezequiel Dávila. "Tratamiento del Tifo Negro o Exantemático por la Metoquina y las Sales de Calcio". (13 de octubre. 5 p. m. Acta N° 1830).

Carlos Quintero Hernández. "Algunas consideraciones sobre la Campaña Antituberculosa en Colombia". (20 de octubre. 5 p. m. Acta N° 1831).

José Antonio París Ch. "La Diatermo-Coagulación Bipolar Activa de las Amígdalas". Meritoria. (24 de octubre. 5. p. m. Acta N° 1832).

Daniel Guerrero R. "Inducción Artificial del Trabajo del Parto". Meritoria. (25 de octubre. 11 a. m. Acta N° 1833).

José Gabriel Reyes. "La Banda de Coagulación de Weltmann en la Tuberculosis Pulmonar". (25 de octubre. 5 p. m. Acta N° 1834).

Eduardo Sourdiz. "Vacunación Preventiva Intradérmica para las Fiebres Tifoidea y Paratifoideas A y B". (26 de octubre. 10 a. m. Acta N° 1835).

Adriano Perdomo S. "Cervicitis y su tratamiento por medio del Acido Cresol Sulfónico y Formaldehído en Solución". (28 de octubre. 6 p. m. Acta N° 1836).

Alonso Carvajalino Jácome. "Contribución al Estudio de la Tensión Normal del Líquido Céfal-Raquídeo en Colombia y algunas Observaciones sobre Raquianestesia". (30 de octubre. 11 a. m. Acta N° 1837). Meritoria.

Rómulo Holguín Pastrana. "Ascorbinemia y Ascorburia en las Nefritis". Meritoria. (31 de octubre. 11 a. m. Acta N° 1838).

Eduardo de León Caicedo. "La Antropometría Criminal y la Medicina Legal". (31 de octubre. 12 m. Acta N° 1839).

La REVISTA DE LA FACULTAD felicita a los nuevos doctores y les augura muchos éxitos en su profesión.

---

*Condecorado con la Orden del Mérito el Profesor Calixto Torres Umaña.*

En días pasados, el Gobierno de Cuba, en privada ceremonia, otorgó la Orden del Mérito "Carlos Finlay", en la Categoría de Comendador, a nuestro estimado Profesor de Clínica Pediátrica, el doctor Calixto Torres Umaña.

Hizo la entrega de tan alta distinción, el eminente Pediatra cubano, Profesor Félix Hurtado, miembro de la comitiva del ex-Presidente Fulgencio Batista, a quien tuvimos el honor de tener como huésped por breves días.

La condecoración, creada para honrar el nombre de Carlos Finlay, fue dispensada a nuestro investigador, merced a sus valio-

sas contribuciones en el terreno de la Pediatría y en forma especial de la Protección Infantil.

La REVISTA DE LA FACULTAD, la cual cuenta al Profesor Torres Umaña entre su personal Directivo, lo felicita una vez más por la señalada distinción de que ha sido objeto.

## TRATADO ELEMENTAL DE HIGIENE

Por el doctor *Laurentino Muñoz*.

Profesor de Higiene en la Facultad de Matemáticas e Ingeniería de la Universidad Nacional.

Segunda edición. — Bogotá, marzo, 1944.

El doctor Laurentino Muñoz, inteligente, estudioso y erudito médico, desvelado por los problemas de la salubridad pública, acaba de dar a la publicidad en nítida edición de 480 páginas, la segunda edición de su tratado de higiene. El libro está editado con elegancia y escrito castizamente. Es una obra de real conveniencia para los médicos y utilísima para los estudiantes de medicina. Trata los problemas de salubridad pública, hace recapitulaciones interesantes sobre las enfermedades regionales y recopila muchos datos importantes para los estudiosos. Es un buen derrotero de geografía médica. Además el doctor Muñoz, con verdadero patriotismo destaca los trabajos de los médicos nacionales y se complace en su divulgación. Convencidos como estamos de que el problema fundamental en Colombia es el de la salubridad pública, llamamos la atención sobre la importancia del libro del doctor Laurentino Muñoz, porque la salud del pueblo es la suprema ley y porque en Colombia resuelto el problema sanitario, todo lo demás vendrá por añadidura. La REVISTA DE LA FACULTAD registra con agrado la aparición de este importantísimo libro y lo recomienda como obra de suma utilidad.

L. P. C.

### *Prefacio de la segunda edición (\*)*

La salud pública constituye el fundamento en que reposa la felicidad del pueblo y el poder de un país; su cuidado representa la obligación primordial de todo buen estadista.

**Disraeli**

---

(\*) Tomado del "Tratado Elemental de Higiene", por el doctor Laurentino Muñoz, Profesor de Higiene en la Facultad de Matemáticas e Ingeniería de la Universidad Nacional. — Segunda edición. — Bogotá, marzo, 1944.

La salud no depende del médico; resulta de un conjunto de factores del medio que deben confluír al mejoramiento del tipo humano nacional. La salud requiere el concurso de la Higiene, el Trabajo y la Educación para que surja como una consecuencia de la organización colectiva que se preocupa por destruir las causas que amenazan o destruyen el vigor de los habitantes.

Suministra la Higiene los elementos y los hombres para la ejecución de planes para la defensa colectiva de la salud, el Trabajo, los medios o materiales para el cumplimiento de esa misión y viene la Educación a formalizar o modelar lo que las otras dos actividades proyectan o cumplen; la Educación aplica los conocimientos que el individuo recibe como elemento de provecho social. Si uno de los tres factores que se enumeran no aparece en los planes de la defensa de la salud, la obra de la Higiene seguirá al margen bordeando este problema tan fundamental para el adelanto de un pueblo.

Ya sabemos que dondequiera que el médico trata de combatir las enfermedades sociales únicamente con drogas, sufre un fracaso rotundo. No se concibe una campaña contra las Enfermedades Venéreas con el fin de exterminarlas, que es el ideal en estas campañas, a base de tratamiento.

Lo mismo ocurre en una campaña contra el Paludismo, los parásitos intestinales, la Tuberculosis. Imposible resulta tratar a todos los enfermos hasta evitar el contagio e imposible disponer del dinero suficiente para eliminar estas enfermedades.

Lo importante en la lucha contra las enfermedades sociales radica en implantar las medidas suficientes para prevenir las enfermedades, obra profiláctica inmensa que significa educación, saneamiento del suelo, alimentación suficiente, habitación higiénica. De este modo se acomete una obra gigantesca con fundamentos de cordura y de éxito; lo contrario, o reducirse a medicinar a los enfermos que resultan en cifras indefinidas como víctimas de las condiciones desfavorables del medio, comprende una tarea desproporcionada a los poderes del Estado y utópica en su aplicación y resultado.

Por desgracia, las campañas que se han seguido en Colombia contra las enfermedades sociales, o sea, la acción higiénica gubernamental, se ha orientado a la Asistencia Pública, y por eso la salud de los colombianos sigue en el mismo vaivén de ineptitud biológica que siempre ha sido su característica.

La droga y el médico no llegan a todos los enfermos, y aunque llegaran, tampoco conseguirán vitalizar o restaurar sus organismos, porque sobre sus colectividades hambreadas, sometidas al inquilinato, viciosas, impotentes para el trabajo e ignorantes, la mano de la medicina asistencial apenas restaña ligeras heridas super-

ficiales. La otra obra, la grande obra redentora de las colectividades humanas se cumple en un largo trabajo silencioso de planes preventivos, de lucha impersonal contra las enfermedades, de transformación del medio telúrico, de educación firme y creadora de principios que afirmen una conducta de engrandecimiento, de responsabilidad, de disciplina, de abstinencia, de ética del Estado para prevenir y combatir los vicios.

Las bases para una política gubernamental en pro de la salud pública han de congregar una serie de factores técnicos, sociales y del ambiente, que nunca caben dentro del reducido marco del reparto de drogas y de la atención angustiosa de los enfermos. Se ejecuta esa obra en una lucha implacable contra los elementos naturales o los agentes patógenos que nos circundan, ofreciendo al hombre medios de trabajo y capacidad para el mismo, que no puede venir sino de la Educación.

De donde se deduce que la salud pública dependen primordialmente de una buena organización política de la nacionalidad; un Estado que comprenda sus obligaciones para con la masa popular, la colectividad. Desde un solo ángulo de actividad no se pueden combatir las enfermedades porque permaneceremos perpetuamente desconcertados ante la magnitud del problema, que es una obra de conjunto, de cooperación, de organizaciones radicales que abarquen el problema en toda su integridad.

Corresponde a la Educación el desarrollo de un programa por la salud de la nacionalidad, e incumbe a la Universidad cumplir una misión de este campo, que integra por sí misma la mayor de sus empresas en nuestro medio.

Los factores individuales de acción colectiva dependen del Trabajo y de la Educación, y estas dos bases sociales de mejoramiento se asientan en el dominio, el cultivo y la producción agrícola; cuando el colombiano se alimenta suficientemente tendrá un organismo defendido contra los ataques patológicos, y cuando viva en buena casa y vista con decencia, contará ya con elementos protectores de la salud.

La salud pública no depende del médico ni de las drogas; depende de la satisfacción de las necesidades elementales del individuo, que no la consigue un pueblo que vegete en la miseria económica; de ese estado un país no sale sino por la aplicación de la técnica encaminada al fomento de la riqueza pública y del bienestar general, y esa técnica no la puede dar sino la verdadera Universidad.

La protección de la salud en grupos de población o tomando al individuo aislado de la sociedad, no llena fines de defensa de la vitalidad en una nación. La salud pública verdaderamente es el resultado de la salud individual, pero como medida gubernamental, como

principio de Higiene, el individuo desaparece para concentrar la atención en la base de toda organización humana, que es la familia. La familia integra el núcleo fundamental para el bienestar público y no podemos concebir un programa higiénico nacional sino concentrando sus esfuerzos en la vigorización del centro social, que es punto de partida para el adelanto de la colectividad.

Muy precarios son los resultados de la política higiénica en Colombia, porque la familia sufre los estragos de múltiples causas de depreciación biológica y no constituye una fuerza de organización colectiva, ya que se encuentra fuertemente azotada por las enfermedades y por los vicios.

En efecto, mientras los Departamentos sostengan los vicios como principal ingreso de sus rentas y mientras no se encargue el Estado de luchar contra la desmoralización común, amparando la familia, no podremos aspirar a un adelanto nacional que comprenda salud, trabajo, buenas costumbres, educación para el conjunto de la comunidad.